

REVISTA
DE
COSTA RICA

CIENCIAS Y LITERATURA

Año I

ENERO 1892

Nº 3

SUMARIO

- I—PAGINAS INTIMAS, por Pedro Ortíz
II—TUTECOTZIMI, poema, por Rubén Darío
III—APUNTES HISTORICOS, por José F. Peralta
IV—LA REVISTA ILUSTRADA DE NUEVA YORK,
por Justo A. Facio.
V—CRONICA, por J. Marcelino Pacheco
VI—NOTAS

DIRECTOR PROPIETARIO: JUSTO A. FACIO

SAN JOSE

Tip. Independiente

CALLE 18, N. nº 241

REVISTA
DE
COSTA RICA

Ciencias y Literatura

Año I

ENERO, 1892

N.º 3

DIRECTOR PROPIETARIO—**JUSTO A. FACIO**

SAN JOSE

Tip. Independiente

CALLE 18, N. N.º 241.

PÁGINAS ÍNTIMAS

UNA CARTA EN EL DESTIERRO

Ninguna correspondencia más ansiosamente esperada, con más interés leída, devorada con más inquietud, que las cartas que espera y recibe de su patria un recién desterrado. Cuán presente se tiene el itinerario de los vapores, con qué puntualidad se acude á la oficina del Correo, cómo llena una simple carta el vacío de las horas silenciosas de la emigración, como si fuera un acontecimiento. ¡Una carta! ¡Qué traerá? Todo se espera en ella. La noticia fresca del último suceso, el anuncio de nuevos reveses y contrariedades; el pronóstico de futuras desgracias; un rayo de esperanza; la súbita cla-

ridad que derrama en el alma un ensueño patriótico; la palabra viril de la indignación reprimida en la pública lucha, que estalla en el seno de la correspondencia privada; la intención y el alcance de las secretas confianzas; las protestas alentadoras del compañerismo; la expresión airada del desengaño que se traduce en sarcasmo; las insinuaciones cordiales que suponen la amnistía; las cobardes reticencias de los tímidos egoístas que nos escriben por urbana costumbre. Luego los negocios, los intereses, los compromisos, que nos reclaman desde lejos. Y sobre todo esto, como sobre los ecos de la multitud que parecieran solicitarnos por todas direcciones, levántase un eco más sonoro, una nota más vibrante, más íntima, más conmovedora: la voz de la familia, de la madre, de la esposa, de la novia, que encuentran la distancia enorme, la ausencia interminable, las horas lentas, la vida y el hogar como anegados en sombría tristeza.

* * *

El día de correo es generalmente un día de vivas emociones.—Talvez sólo una carta llega á nuestras manos; talvez sólo da la noticia de que los nuestros están bien: gran

cosa en verdad, que basta y sobra para nuestro placer: es un golpe de luz que borra la huella del último insomnio, la impresión de negra pesadilla, que nos representaba en el fondo de estrecha prisión á uno de nuestros leales amigos, ó las garras sangrientas de pavorosas estinfálidas, ó descoyuntándose en violentas convulsiones de agonizante á uno de nuestros hijos.—Talvez esa carta no contiene más que un saludo, cuatro renglones escritos con la precipitación de la última hora: ello es bastante. Ya calmaremos la sed de nuestra curiosidad ó de nuestro anhelo en las cartas de nuestros compañeros emigrados, de las que nos enteraremos como si fueran á nosotros mismos dirigidas; ya las completaremos interlineándolas con nuestro pensamiento.

* * *

Y si nada nos llega, si la correspondencia ha sido violada ó extraviada, si la falta es como un paréntesis del olvido;—si no nos llegan ni periódicos, porque las prensas de donde salían aquellas hojas valientes están paralizadas por el despotismo; si sólo tiene la palabra la adulación abyecta, que insulta á las víctimas y alaba al victimario;

si á pesar del desprecio de los principios y la violación de las leyes, un periódico servil nos habla, importuno y falso, del bienestar de la República, dándole á ésta semejanza con la estatua de Luciano, que contenía la podredumbre bajo la cubierta del mármol de Paros; si llenos de excepticismo, vemos en este significativo y brutal enmudecimiento de la Oposición á que pertenecemos, el signo revelador de la decadencia nacional, hay talvez una carta, un concepto, un recuerdo, una palabra que nos anima, y que despeja las nubes que se van acumulando en nuestra frente.

*
* *

Acabo de recibir mi correspondencia. De todo me he impuesto. Muy bien; estoy contento: todo lo he releído. ¿Pero qué descubro? De un sobre de que ya he sacado una de mis cartas se desprende otra pequeña, doblada primorosamente como un billetito de joven enamorada: vamos, una nada, un capricho. Dentro de la carta de la madre, hame enviado también la suya mi chiquirritín, que apenas raya en cuatro años. Allí está su firma, mi homónimo; lo adivino, es él. La leo, la traduzco, la interpreto con el corazón;—y esa cuartilla borroneada, que

semeja un antiguo manuscrito chino, una curiosidad arqueológica; esa escritura *sui generis*, de caracteres ininteligibles, contrahechos, raros; esa misiva imposible, es para mí la carta más elocuente. El chico me expresa muy bien sus sentimientos con esos garraños.—Su epístola, amigo mío, no se entiende; pero ¡qué lindas frases, qué bello lenguaje! Apenas hace palotes, pero hay en la soltura de esa mano infantil, en el elegante descuido de esa letra de sabio, que remata un vocablo con un golpe de brocha, ó lo termina con un perfil caprichoso, ó apenas perceptible, la pretensión de hacer una carta verdadera. Cierto es que á veces esos garraños parecen signos musicales, huellas húmedas de insectos, rasgos hechos al acaso, cifras cabalísticas, nerviosos trazos de pincel, miniaturas caricaturescas de un artista loco.

Pero ese idioma extraño, de ortografía misteriosa, es un idioma dulcísimo, incomparable, que los padres comprendemos á las mil maravillas. El alma de los padres descubre el sentido oculto de esos jeroglíficos, corrige en su mente esas imperfecciones adorables, complementa, lima y redondea esos períodos, da forma á esos bocetos informes, fija los contornos y dintornos de esas vagas concep-

ciones, da ser y expresión á esos lineamientos y perfiles de ideas, que son como los anuncios de una alborada, como los difusos reflejos del espíritu al rayar el aïba del pensamiento humano.

*
* *

Me figuro á través de estos dulces marmarrachos, las mil graciosas muecas de la infancia, los relámpagos de aquellos ojitos llenos de candorosa malicia, la sonrisa genial de los niños, las rígidas actitudes del rapazuelo que trabaja como en una obra seria, los movimientos de aquella boquita entreabierta que sigue los de la mano por modo extremadamente cómico; el mohín, el gesto expresivo, la charla aturdidora, las caricias violentas, las socarronerías, las balbucencias insinuantes y las palabras de tierno despecho, la risa franca y llena después de las lágrimas de pena simulada ó fugaz, que caen como suave lluvia á pleno sol.

Me imagino á mi pequeñuelo observando á su buena madre que me escribe y luego haciendo á un lado los juguetes, levantarse súbitamente como movido por un resorte, pedir papel, pluma y tinta, arrodillarse sobre una silla, é inclinándose de codos sobre la mesa, exclamar muy formal y con la ma-

por naturalidad, como si fuera un hombre: «voy á escribir una carta á mi papá.»

Y en esta actitud le veo destacarse en un fondo diáfano, con una nitidez tan delicada y una tonalidad tan risueña, que me empeño por conservar la visión en la mente. Es el asunto de una acuarela de efectos primaverales, que trato de fijar como en un lienzo con los más suaves rasgos y el más bello colorido. La imagen aparece y desaparece, se eclipsa y surge de la sombra, como al abrir y cerrar de una ventana se presenta y se oculta el jardín iluminado y riente como encuadrado en un marco. Pero al reaparecer el objetivo en el campo visual, aquella figurita, que se inclinaba sobre la mesa, y tomaba la pluma con aire resuelto, la ha introducido hasta el manguillo en el tintero; luego viene la catástrofe: éste se derrama, unas cuantas gotas de tinta brillan en el blanco papel como negras perlas diamantinas. Aquella carita inteligente, se llena de angustia: las comisuras de los labios se arquean hacia abajo, haciendo pucheros, y brotan las lágrimas. No hay cuidado. Esto no vale nada. Venga nuevo papel, venga más tinta. Todo está ya arreglado, y el bribonzuelo comienza la tarea. Se mueve, se encorva, pone los codos sobre la mesa y el pecho en

el borde, casi la toca con la cara; toma posturas divertidísimas; ha logrado ya trazar un rasgo vigoroso, una cadena de emes interminable, ¡bravo!: él vuelve la vista con aire de triunfo—Ora parece agitado, ora pensativo: aquella fisonomía movible y vivaz ha conseguido serenarse, nótase que adquiere cierto aspecto de hombre reposado. Trabaja y concluye—Ya está.—¿Y la firma? Ah!: faltaba.—Entonces dibuja con energía el más grande y característico de sus garrapatos. Una ola de satisfacción baña el semblante. La obra está hecha, ¡y qué bien!

*
* *

Y estas diversas actitudes, estos cambios, van reproduciéndose y multiplicándose en mi imaginación, como las copias sutiles de un cuadro viviente. Como el negativo de un aparato de fotografía instantánea, que sorprende los diversos giros y movimientos de las alas en el vuelo de las aves, así voy recogiendo los múltiples giros y movimientos de alas de aquella almita, reflejados en los juegos de su fisonomía.

¿No es esta cartita, garabateada y rubricada por el pendolista más abominable, pero más gracioso del mundo, un verdadero documento humano, que indica el primer incierto

paso de la niñez por el camino de la vida intelectual?

Esa carta no habla ¿pero acaso el gran cómico Coquelin, con un solo gesto, un en tornar de ojos, una contracción muscular, no descubre la intención honda y penetrante del más intencionado discurso? ¿Cuántos pensamientos no sugiere por el lado ridículo, por el aspecto severo ó trágico de las cosas, aquella expresión muda, pantomima suprema del ingenio?

Esa carta es una parodia, una burla, una mueca; pero la intención habla en ella: su autor me saluda, me sonríe, me besa, me reclama sus premios, me aturde con las caseras mentirijillas, con la crónica dislocada é incongruente de sucesos mal comprendidos, con la negación de travesuras y picardigüelas, con las lisonjeras y formales promesas, los tiernos sueños de color de rosa y el mariposeo de ilusiones infantiles, y con todo ese acopio de ideas fragmentarias, de impresiones fugaces, de percepciones confusas, que ofrece la gestación mental en la vida de los niños.

*
* * *

Luego me traslado al porvenir, y descubro que esa carta es un presagio. Mi hijo

será con el trascurso del tiempo un hombre, quizás un hombre de letras—Esa manecita que hoy borronea de modo casi inconsciente, marcará talvez en gallardos caracteres la huella de sus impresiones, de sus dudas, de sus desencantos; expondrá el resultado de sus estudios, de sus observaciones; se inclinará sobre el escritorio bajo el peso de pensamientos graves; hará vibrar la pluma al calor de sus entusiasmos patrióticos; dejará deslizarse blandamente la onda sonora de su estilo; envolverá en períodos rotundos y armoniosos la idea vencedora; evitará la monotonía del lenguaje, estrellándolo con chispazos brillantes, y dará realce y mérito á los conceptos comunes y pedestres con los secretos de la eutropelia y del arte. Se apasionará de las letras; aspirará á la gloria; la entreverá como un punto vago en la penumbra; y talvez por un capricho del destino, como sucede á muchos pensadores y á muchos grandes artistas, no alcanzará á tocarla, porque la gloria le circundará como vapor inconcútil, ó le seguirá detrás en el sendero de la vida como impalpable sombra.....

O será un zote, un pobre embadurnador de papel con necias pretensiones literarias. Oh! No quiero pensar en esto! No lo será, vive Dios!

Pero la carta de mi pequeñuelo, cualesquiera que sean las reflexiones á que me conduzca, las sugerencias que en mi ánimo despierte, es y será para mí la primera página de mi álbum íntimo.

PEDRO ORTIZ.

DEL LIBRO DE

LOS IDOLOS

LOS CACIQUES

Tutecotzimí

Al ilustre señor don Juan Valera
R. D.

*

*Cucucmichín, el cacique sacerdotal y noble,
Viene de caza. Siguele flta apretada y doble
De sus flecheros ágiles. Su aire es bravo y triunfal.
Sobre su frente lleva bruñido cerco de oro
Y vése al sol que se alza del florestal sonoro
Que en la diadema tiembla la pluma de un quetzal.*

*

*Es la mañana mágica del encendido trópico.
Como una gran serpiente camina el río hidrópico,
En cuyas aguas glaucas las hojas secas van.
El lienzo cristalino soplo sutil arruga,
El combo carapacho que arrastra la tortuga,
O la crestada cola del nadador caimán.*

*

*Junto al verdoso charco, sobre las piedras toscas,
Rubí, cristal, zafiro, las susurrantes moscas
Del vaho de la tierra pasan cribando el tul;
E intacta, con su veste de terciopelo rico,
Abanicando el lodo con su doble abanico,
Está como una exáltica la mariposa azul.*

*

*Las selvas foscas vibran con el calor del día;
Al viento el pavo negro su grito agudo fía,
Y el grillo aturde el fresco, tupido carrizal.
Un pájaro del bosque remeda un son de cuerno;
Prolonga la cigarra su chincharchar eterno,
Y el grito de su pito repite el pitorreal.*

*

*Los altos aguacates invade ágil la ardilla,
Su cola es un plumero, su ojo pequeño brilla,
Sus dientes llueven frutas del árbol productor;
Y con su vuelo rápido que espanta el avispero,
Pasa el bribón y oscuro sanate-clarinero,
Llamando al compañero con áspero clamor.*

*

*Su vasto aliento lanzan los bosques primitivos:
Confraternizan árboles y plantas, seres vivos,
La grande aristoloquia y el breve colibrí;
Y junto á la parásita lujosa, va la iguana,
Como hija misteriosa de la montaña indiana
Que anima el teut! oculto del sacro teucali.*

*

*El gran cacique deja los bosques de esmeralda:
Camina á su palacio, el carcaj á la espalda,
Carcaj dorado y fino que brilla al rubio sol.
Tras él van los flecheros; y en hombros de los siervos,
Ensangrentando el suelo, los montaraces ciertos
Que hirió la caña elástica del firme huiscoyol.*

*

*Camina. Llega al regio palacio el jefe noble.
De las cuadradas puertas en el quicio de roble,
De Otzolskij, su tierna hija, ve el flamante huéspil.
Sábito se oye un sordo rumor de voz profunda:
¿Es el fuerte Motagua que crece, amaga, inunda?
No, cacique: ese ruido es del pueblo Pipil.*

*

*Como torrente humano que ruga y se desborda,
Con su clamor temible que la ciudad asorda,
Hacia el palacio vienen los hijos de Ahuitzol;
Primero, revestidos de cien plumajes varios,
Los altos sacerdotes, los ricos dignatarios,
Que llevan con orgullo sus mantos tornasol.*

*

*Después son los guerreros, los de brazos membrudos,
Los que metal y cuero tienen en sus escudos,
Soldados de Sakulen, soldados de Nebaj;
Por último, desnudos, cobrizos y salvajes,
El cuerpo lleno y rojo de míticos tatuajes,
Ixiles de la Sierra, con arcos y carcaj.*

*

*Como á la roca el río, circundan el palacio;
Sus voces repetidas se elevan al espacio
Como una amenazante, siniestra tempestad;
Van jóvenes robustos de fieros aires regios,
Ancianos centenarios que saben sortilegios,
Brujos que invocar osan al gran Tamagastad.*

*

*Y á la cabeza marcha con noble continente
Tekij, que es el poeta litúrgico y valiente,
Que en su pupila tiene la luz de la visión.
Lleva colgado al cuello un quetzalcoatl de oro,
Lleva en los pies velludos caites de piel de toro,
Y alza la frente, altivo como un joven león.*

*

*Del palacio en la puerta vese erguido al cacique.
Tekij alza sus brazos. Su gesto, como un dique
Contiene el gran torrente de agitación y voz.
Cuauemichín el soberbio se apoya en su arco elástico,
Y teniendo en sus labios como un rictus sarcástico,
Pone en sus pardas cejas una curva feroz;*

*

*Curva de donde lanza cual flecha su mirada
Sobre las mil cabezas de la turba apiñada;
Curva como la curva del arco de Hurakán;
Y Tekij habla al príncipe que le escucha impasible;
Y lleva el viento rápido la palabra terrible,
Como el divino trueno de la ira de un titán.*

*

*—“Cuauemichín, la montaña te habla en mi lengua ahora.
La tierra está enjada, la raza pipil llora,
Y tu nahual maldice ¡serpiente-tacuazín!
Eres cobarde fiera que reina en el ganado.
¡Por qué de los pipiles la sangre has derramado
Como tigre del monte, Cuauemichín, Cuauemichín?”*

*

*Cuauemichín, el octavo rey de los mexicanos,
Era grande. Si abría los dedos de sus manos,
Presto un millón de flechas oscurecía el sol.
Eran de oro macizo su silla y su consejo;
Tenía en mucho al bravo, pedía juicio al viejo;
Su maza era pesada: llamábase Ahuizol.*

*

*Quelenes, Zapotecas, Tendales, Katchikeles,
Los Mames, que se adornan con ópalos y pieles,
Los jefes aguerridos del bélico Kiché,
Temían los embates del fuerte mexicano,
Que tuvo, como tienen los dioses, en la mano
La flecha que en el trueno relampaguear se ve.*

*

*El quiso ser pacífico, y engrandecer un día
Su reino. Eso era justo. Y en Guatemala había
Tierra fecunda y virgen, montañas que poblar.
Mandó Ahuitzotl cinco hombres á conquistar la tierra,
Sin lanzas, sin escudos y sin carcaj de guerra,
Sin fuerzas poderosas ni pompa militar.*

*

*Eran cinco pipiles, eran los padres nuestros;
Eran cultivadores, agricultores, diestros
En prácticas pacíficas; sembraban el añil,
Cocían argamasas, vendían pieles y aves:
Así fundaron, rústicos, espléndidos y suaves,
Los prístinos cimientos del pueblo del pipil.*

*

*Pipil, es decir, niño. Eso es ingenuo y franco.
Vino un anciano entre ellos con el cabello blanco,
Y á ese miraban todos como á una magestad.
Vino un mancebo hermoso que abría al monte brechas,
Que lanzaba á las águilas sus voladoras flechas
Y que cantaba alegre bajo la tempestad.*

*

*El Rey murió: la muerte es reina de los reyes!
Nuestros padres formaron nuestras sagradas leyes;
Hablaron con los dioses en lengua de verdad.
Y un día, en la floresta, Vodán dijo á un anciano,
Que él no bebía sangre del sacrificio humano,
Que sangre es chicha roja para Tamagastad.*

*

*Por eso los pipiles jamás sangre vertimos.
Del plátano fragante cortamos los racimos
Para ofrecerla en aras del dios sagrado y fiel.
La sangre de las bestias es bien que se derrame;
Pero la sangre humana, tú, Cuauemichín infame,
Ayer has ofrecido como holocausto cruel".*

—Yo soy el sacerdote cacique y combatiente.
 Tal ha rugido el Jefe. Tekij dice á la gente:
 —Puesto que el tigre osigo aun ruge, sá, pues,
 Y como la tormenta, los clamores kuptano,
 Sobre cabezas ásperas, sobre crispadas mareas,
 Se calman un instante para tornar después.

*

—«Flecheros! al combate!» grita el fuerte cacique.
 Y cual si no existiese quien el ataque indique,
 Se quedan sus flecheros inmóviles, sin voz.
 —«Flecheros! Al cacique!» responde un indio fero.
 Tekij alza los brazos, y quédase el guerrero
 Deteniendo el empuje de la flecha veloz.

*

Tekij habla: «En las guerras, la flecha ayda, se lanza,
 La tierra se estremecé para clamar venganza:
 A las piedras, pipiles!»

*

Quando el clamor feroz
 De los temibles indios calló, y el jefe odiado
 En sanguinoso fango quedó despedazado,
 Vióse pasar á un hombre cantando en alta voz,

*

Un canto mexicano. Cantaba cielo y tierra;
 Alababa á los dioses, maldecía la guerra.
 Llamáronle: —«Tú cantas, paz y trabajo!» —«Sí»
 —«Toma el palacio rico, carcajes y huepiles,
 Celebra á nuestros dioses, dirige á los pipiles!»
 Y así empezó el reinado de Tutecotzimí.

RUBÉN DARÍO.

* *

En Madrid, á 29 de Noviembre de 1540, el Emperador Carlos V concedió a Diego Gutiérrez la Gobernación de Cartago. No es mi intento hablar de todas las aventuras y percances de Diego Gutiérrez. Me limitaré á lo que hace referencia á estos apuntes.

Gutiérrez quiso aprovechar el buen puerto que formaba el río Suerre en su desembocadura y fundó la ciudad de Santiago.

Fray Antonio de Valdivieso, Obispo de Nicaragua, fué encargado de la guarda espiritual de la provincia de Cartago. Una real cédula dispuso que el Obispo llevaría en su favor la cuarta parte de los diezmos que se obtuvieran y se le facultó para que nombrase cura de Santiago del Suerre al clérigo Francisco Bajo, que había acompañado á Gutiérrez en su expedición; pero es sabido que la ciudad no fué de ninguna duración y que por tanto no produjo diezmos ni primicias, por la razón de haber tenido que abandonarla su fundador, quien poco después pagó con su muerte los desmanes que comió contra los naturales.

* *

Más importante que el cura en ciernes de la ciudad de Santiago del Suerre, es el

clérigo Juan de Estrada Rávago, compañero del Licenciado Juan de Cavallón, á quien Felipe II nombró Alcalde Mayor de Costa Rica.

En el mes de Octubre de 1560, Juan de Estrada Rávago salió de Granada, bajó por el Desaguadero al Atlántico y llegó con su gente al puerto de San Jerónimo (bahía del Almirante), en donde fundó la villa del Castillo de Austria. No pareciéndole aquel sitio muy á propósito, pasó la villa á las márgenes del río Suerre, la que también abandonó. El padre Estrada fué á unirse con Cavallón, quien, á su vez, había fundado la villa de Landecho (conocida también con el nombre de Villa de los Reyes) y la ciudad de Castillo de Garcí Muñoz, que más tarde había de abandonar Juan Vázquez de Coronado para fundar á Cartago en el valle del Guareo.

Cavallón tuvo que dejar su empresa de Costa Rica por haber sido nombrado para desempeñar otro destino. El clérigo Estrada Rávago quedó encargado interinamente de la Alcaldía Mayor y fué muy respetado por los españoles y los indios.

El Cabildo de Garcí Muñoz nombró á Estrada Rávago, Vicario General de las provincias de Cartago y Costa Rica y le en-

cargó, que fuese á dar cuenta al Rey de lo que hasta entonces se habia hecho en aquellos lugares, y á pedirle favores.

Tenemos, pues, conocido al que fué primer Vicario de la Iglesia de Costa Rica. El Rey confirmó ese título y concedió algunas prerrogativas á Estrada Rávago, lo que no debió dejarlo satisfecho, pues lo que él anhelaba era la erección del obispado y conseguir la mitra para ornar sus sienes.

Cuando el magnánimo Juan Vázquez de Coronado llegó á Costa Rica, el padre Estrada estaba de Alcalde interino. Es probable que Vázquez de Coronado no lo quisiera secundar en sus pretensiones al obispado, pues Estrada Rávago no miraba con buenos ojos al valiente explorador de Candelaria y Talamanca.

El Rey ordenó que Estrada Rávago podría disponer de los curatos de Costa Rica, pero la dirección espiritual de la Provincia fué confiada al Obispo de Nicaragua, Fuentes. También asignó las dotaciones de que deberían gozar los curas y sacristanes.

El padre Estrada regresó de España á Costa Rica en 1566. Ocupaba entonces la Gobernación, Perafán de Rivera. Estrada Rávago se consagró de nuevo á pacificar y

convertir indios, fundando iglesias entre ellos. En 1570 volvió á España, con el cargo de procurador de la Provincia y con la esperanza de obtener el obispado en recompensa de sus muchos servicios. El Cabildo de Cartago y el Convento de San Francisco de la misma ciudad lo recomendaron al Rey, pero en la Corte sólo halló dificultades para obtener lo que deseaba con tanto ardor, por lo cual, fatigado de trabajar inútilmente, se retiró á Guadalajara, su ciudad natal, y no volvió á Costa Rica. ¡Los indios clamaban por su regreso, pero Juan de Estrada Rávago no quiso escuchar sus humildes súplicas, ni las de los frailes, ya que no podía regresar á nuestro país con el báculo de obispo.

* * *

A Juan de Estrada Rávago sucedió en la Vicaría de Costa Rica Fray Martín de Boinilla, de la orden de Premoste. Fray Martín había acompañado en sus varias expediciones á Diego Gutiérrez, al Adelantado Vázquez de Coronado y á Perafán de Rivera.

El padre Martín trajo consigo á su sobrino Alonso, que sólo contaba diez años cuando llegó al país. Don Alonso sirvió en la Provincia durante toda su vida y dejó una

sucesión cuyos retoños aún hoy subsisten entre nosotros. Volviendo al padre Martín, diré que desempeñó tranquilamente su Vicaría y que no tengo noticias de que repitiera las pretensiones del padre Estrada Rávago para la erección de la Sede Episcopal de Costa Rica.

* * *

Recordaré ahora á un fraile de mucho mérito, por el buen trato que dió á los indios y por el puesto que ocupó en el histórico Convento de San Francisco de Cartago. Me refiero á Fray Pedro Alonso de Betanzos, quien llegó á Costa Rica procedente de Guatemala, cuando Juan Vázquez de Coronado ocupaba la Alcaldía Mayor. El mismo Betanzos escribe al Rey: «... Pensé que el modo de conquista que él con sus soldados tenía era como los pasados, de matar y robar á estas pobres gentes, y por eso aceleré mi venida para les yr á la mano y hallé que su celo y modo de conquistar es tan bueno como el religioso que más celo tiene del bien y pro de estos naturales.» Sabido es que los frailes seguían de cerca los pasos de los conquistadores para informar al Rey de su conducta. Algunas veces esas informa-

ciones se convirtieron en venganzas, como en nuestra misma provincia sucedió más adelante.

Durante la famosa expedición que Vázquez de Coronado hizo á *Couto* para librar á la hermosa *Dulcehe*, hermana del cacique de *Quepo*, con quien había hecho alianza, fray Pedro Alonso predicaba humildemente el Evangelio entre los indios de la vertiente del Golfo de Nicoya, teniendo por único compañero á un muchacho de servicio. Con su buen ejemplo atraía á los indios, y el gran conocimiento que tenía de sus dialectos diferentes le permitía pasar de un pueblo á otro sin dificultad de palabra.

En 1565 se fundó el Convento de Cartago de Recoletos.

Fray Lorenzo de Bienvenida, que había acompañado á Vázquez de Coronado en su viaje á España, consiguió en la Península trece religiosos de su orden para pasar á establecer misiones. Más felices que el Adelantado de Costa Rica—que ya volvía con el título de Gobernador, pero á quien sepultaron las olas,—los frailes llegaron á Cartago y establecieron el Convento dicho.

La elección para primer prior recayó en la persona de fray Pedro Alonso de Betanzos-

distinción que bien merecía por su prudencia, mansedumbre é ilustración.

Fray Pedro Alonso trabajó en Costa Rica durante treinta años. Murió en 1570 á una edad avanzada y en el ejercicio de su misión, cerca de Chomes. De todos es sabido que los restos de aquel venerable anciano se conservaron en el Convento de Cartago hasta 1841, época en que los confundió el terremoto de ese año.

... * * *

Voy á ocuparme ahora de otro personaje que renovó las pretensiones para la erección del obispado de Costa Rica.

Allá por los años de 1596, siendo Gobernador y Capitán General de Costa Rica y Nicoya don Fernando de la Cueva, se presentó fray Francisco Sánchez de Guido, de la religión de Santo Domingo, pidiendo que se le nombrara Jefe de la Iglesia de Costa Rica; y en un memorial que en 1600 envió á la Corte, alegaba en su favor los servicios prestados por su padre Miguel Sánchez de Guido, quien había pasado á Costa Rica en 1560 y desempeñado la Alcaldía Mayor, con ocasión del viaje de Juan Vázquez de Coronado á España.

El Gobernador de la Cueva murió en 1599 y la Audiencia de Guatemala nombró para sucederle á don Gonzalo Vázquez de Coronado, hijo del Adelantado de Costa Rica.

El nuevo Gobernador y el Cabildo de Cartago, que deseaban en lo posible la autonomía de la Provincia y su independencia espiritual de Nicaragua, recomendaron á fray Francisco, pidiendo para él «título de Abad de Costa Rica», por no poder la Provincia sostener un obispo.

El fiscal de la Corte, pidió informes al Obispo de Nicaragua, interesado directamente en este asunto, y al Presidente de la Audiencia de Guatemala, para ver «si en Costa Rica convenía Obispo ó Abad y de qué hacienda se le podría pagar que no fuera de la real.» Esto basta para decir que la petición de fray Francisco Sánchez de Guido corrió mala fortuna.

JOSE F. PERALTA.

LA REVISTA ILUSTRADA
DE
NUEVA YORK

El hombre de estas edades, frívolo de un lado y empeñado de otro, con tenacidad implacable, en la conquista del oro, pretende no tener ocios ni el vagar solitario de los antiguos para dedicarse á recorrer pacientemente las páginas de esos infolios voluminosos en que parece aletargarse la sabiduría humana. La ciencia de hoy se aprende en los talleres y en los periódicos; pero más que por sano anhelo de conocimientos lenta y metódicamente adquiridos, el hombre actual se siente dominado por dos estímulos que son en él como dos síntomas de un estado pa-

tológico: el deseo de allegar dinero, rápidamente y á todo trance, y la avidez nerviosa de noticias extraordinarias y de sensación.

Estas dos causas alejan al hombre del libro y lo hacen apasionarse por la lectura de las hojas volantes que recorren el mundo en todas direcciones, como bandadas de aves vagabundas. Los periódicos noticieros, por su parte, han explotado sin escrúpulo alguno ese apetito desordenado de novedad, y unos hacen desfilár á los ojos de sus cándidos lectores, á vueltas de unas pocas noticias verídicas, un ejército de mentiras vistosamente aparejadas con el traje sagrado de la verdad, mientras que otros, menos nocivos, pero más insulsos, recrean la curiosidad infantil de los suyos con anécdotas y cuentecillos tan ridículos como sosos.

Valga, sin embargo, la verdad: el buen sentido parece recobrar sus antiguos fueros, y cae dentro de ellos la reacción saludable que se viene operando á favor de la buena lectura. Las novelas por entregas y los periódicos malos pasan de moda. No podemos pretender que la afición al libro ahogue el gusto por las lecturas fáciles y amenas, ni es precisamente ese predominio lo que determina la corriente del cambio. El libro docto

será, como siempre, pasto de entendimientos inclinados á la meditación y al estudio; pero hay un término medio entre el libro y el periódico; una especialidad moderna, que á la vez ilustra como el primero y recrea como el segundo: la revista.

Desde la *Monthley Review* de Londres, fundada el año de 1749, este género de publicación ha sido como un árbol lleno de savia generosa y expansiva que crece sin cesar y que ostenta todos los años nuevas y lozanas ramas. Cientos de revistas recorren hoy el mundo, á modo de activos é incansables misioneros, haciendo la propaganda fácil y entretenida de las industrias, de las artes, de los descubrimientos, del anuncio... Y la revista gana terreno. Los grandes diarios, esos que gozan de celebridad universal, y que así por el tono imponente de sus opiniones como por el acatamiento con que de todos son mirados suscitan en nuestro ánimo el respeto que sólo infunde la experiencia, esos en realidad son ancianos venerables que, gracias á merecimientos históricos, han podido asegurarse una posición inaccesible á las emulaciones infladas. El *Times*, el *Herald*, el *Figaro*, no nacieron ayer: ellos,

junto con otros pocos, son los viajeros universales, tan conocidos aquí, como en Australia, como en las islas Sandwich. Las tentativas modernas de émulos candorosos se sienten detenidas en las fronteras, y extienden por aquí y por allí, cuando más, el radio de sus excursiones y de sus conquistas. El dominio universal se lo distribuyen tranquilamente los viejos reyes del periodismo. Solamente la revista se multiplica, y ensancha la esfera de su movimiento expansivo y triunfal. Los grandes diarios, egoístas como los reyes, celosos de su poderío absorbente, no consienten á su lado nuevas y peligrosas majestades. Las revistas representan el espíritu moderno: en el concierto de las democracias hay espacio honroso para todas las que traigan un mérito, una idea civilizadora que presentar en su abono; y así vemos todos los días, cruzarse en opuestas direcciones, y revistas de artes, revistas de ciencias; de literatura, de industrias, de agricultura, de comercio, de ingeniería. de todo! Por alguna consideración especial, sin duda, todos aquéllos que necesitan servirse de la propaganda escogen de preferencia este simpático agente de publicidad. Es que la perspicacia moderna ha descubierto que la revista, por su composición *sui generis*, posee una

fuerza de atracción de que carecen otras publicaciones, que, por la simplicidad concisa de su contenido poco variado, no pueden satisfacer las necesidades del espíritu moderno, el cual desea información rápida y compleja; pero no tan rápida como la de la hoja volante, ni tan compleja como la del libro docto. La revista llena á maravilla esas dos condiciones: he allí el secreto de su triunfo.

De todas las publicaciones de este pergenio que como al resto de la América Central, visitan á Costa Rica, ninguna como *La Revista Ilustrada de Nueva York* tiene condiciones tan apropiadas á nuestras necesidades intelectuales, y ninguna como ella es tan merecedora de particular predilección. La gran metrópoli comercial de los Estados Unidos es el centro de sus irradiaciones, y ya esto sólo constituye en favor de ella una ventaja inestimable; la cual naturalmente refluye en provecho de sus numerosos abonados de la América Latina. Esa posición culminante en un medio al cual afluyen, como corrientes vivificadoras atraídas por irresistible poder de asimilación, todas las manifestaciones de la vida civilizada, esa posición, digo, pone á su alcance los grandes elementos de información que el espíritu mercantil ejercita en beneficio de la curiosidad univer-

sal, y por esos medios, extraños aun á nuestro incipiente progreso material, *La Revista* se apodera de la noticia, que luego nos transmite, no así como quiera con la sequedad de tono que se impone en el forzado laconismo del periódico diario, sino con todo el cortejo de detalles, explicaciones y comentarios que cada una trae consigo, y que bajo la pluma del escritor hábil se convierten luego en un cuadro lleno de movimiento y vida. En efecto, *La Revista* ha sabido siempre poner en sus crónicas el arte al servicio de la información. El escritor anónimo que las hace tiene un conocimiento exacto de los hechos y de las cosas, un criterio de apreciación y un sentido político tan juiciosos como prácticos y una pluma bajo cuyos puntos parecen desenvolverse las palabras y las frases formando como un tejido que tiene á un tiempo la brillantez y la resistencia de la seda. Por todas estas cualidades, sus crónicas son de una condición en que van unidos, sin dañarse, la utilidad y el placer estético.

Sección especial tienen en *La Revista* descubrimientos, invenciones y hechos de magnitud extraordinaria ó de trascendencia vasta. Ejemplo de ello es el espacio que ahora dedica á las descripciones de los prepa-

tivos estupendos y sin número que el ingenio de los norteamericanos, desorientado en el camino del arte por su propensión á la hipérbole, está poniendo por obra para hacer del certamen internacional de Chicago una fiesta babilónica. Pues á través de *La Revista*, desde ahora van pasando á nuestros ojos asombrados las enormes y varias construcciones, las maquinarias, los talleres, los planteles todos que han de agruparse al redor de la torre con que la soberbia emulación yankee pretende superar la cima vertiginosa de la colosal torre francesa.

En cuanto á literatura, distinguidos escritores y poetas españoles y americanos han venido conservando en todo su esplendor la herencia de gloria legada á *La Revista* por Bolet Peraza,—el insigne escritor venezolano cuyo silencio no acabamos de deplorar sus admiradores. En efecto, allí se desenvuelven con ondular rápido y nervioso las cláusulas impecables de Valera,—del viejo ilustre y respetado que conoce y aplica como pocos, lo mismo que á sus escritos á su persona, el sentido estético de la corrección. Allí, en esas columnas, como un bronce sonoro, resuena la poesía apasionada de Díaz Mirón; y Juan de Dios Peza y Gutiérrez Nájera, en-

vían desde México, así como desde una cima, los acentos de su inspiración, patética la una, fuerte y penetrante la otra, á todos los espíritus y á todos los ecos. La sección puramente literaria de *La Revista* es un concurso permanente de bellas producciones: al lado de nombres mimados por la fama, hay, es verdad, nombres todavía oscuros; pero oscuros ó célebres ó encubiertos por el pseudónimo, todos están al pie de trabajos en que por algún modo luce la concepción de lo bello.

Viene ahora á robustecer el prestigio literario del periódico, un poeta y escritor cuyo talento perceptivo y artístico pone en cuanto toca las palpitaciones íntimas y misteriosas que en el reino de la naturaleza engendran la primavera y que, en el reino de las ideas, engendran la belleza y la vida. Me refiero á Rubén Darío: el glorioso poeta centroamericano irá dentro de poco á ingresar en el cuerpo de redacción de *La Revista*, y ya desde ahora hale enviado varios artículos, entre los cuales figura una preciosa y animada crónica de la fiesta nacional hace poco en Alajuela celebrada, al inaugurarse la estatua del soldado Juan Santamaría,—el héroe inmortal del 11 de abril.

Dos adquisiciones más, por igual inestimables, acaba de hacer *La Revista* en su laudable empeño de allegar escogida lectura: Doña Emilia Pardo Bazán, la amena estilista, que así escribe novelas como juicios críticos, y que en la sencilla trama de sus concepciones artísticas esparce el encanto de sus delicadezas de mujer; y Pérez Galdós, el novelista perspicaz, de estilo vigoroso y lleno, en quien el talento de comunicar interés aun á los asuntos más baladíes es un dón perspicuo; estos dos celebrados ingenios, digo, han de traer muy en breve á las columnas de *La Revista* su valioso contingente literario.

Pero no sólo como revista es interesante la publicación neoyorquina, sino también como periódico de ilustraciones. En este género ella realiza admirablemente, en español, el tipo genuino del *magazín*: es ni más ni menos, el *Harper's Magazine* nuestro. Sus grabados completan y perfeccionan las impresiones de la lectura, que, gracias á ellos, adquiere representación artística,—y son tan finos y tan bien ejecutados que por sí solos é independientemente del motivo que ilustran, constituyen otros tantos trabajos de arte.

Claramente se perciben, pues, la importancia y el atractivo que para nosotros tiene una publicación como ésta: en ella encuentran todos aquellos que no disponen del vagar á los esparcimientos intelectuales necesario, información interesante de hechos y cosas, ciencia entretenida, literatura selecta, el arte en el grabado y en la música. Es decir, que *La Revista Ilustrada de Nueva York* concilia la lectura con el trabajo, y torna asequible el aprendizaje útil, rápido y agradable dentro de los absorbentes quehaceres de la vida.

Al terminar este artículo, es de justicia observar que una obra de mérito tal como *La Revista* acredita en quien la dirige habilidad, dedicación y cultura,—lo cual es tanto como reconocer el talento innegable del señor don E. de Lozada,—su fundador y propietario.

JUSTO A. FACIO.

CRÓNICA

No puedo salir del paso.

Hace tres días que tengo estas cuartillas sobre la mesa sin ocurrírseme cómo llenarlas.

Echo una mirada lánguida, llena de resentimientos, sobre el mes que ya termina, y no encuentro sino lágrimas en algunos hogares, ningún suceso que me saque de este apuro.

Y lo cierto es que las cuartillas permanecerán ahí, siempre blancas, si no me decido á que la pluma camine aunque sea por el atajo.

“Vayamos por cualquier camino, pero vayamos por alguno,” decía un escritor español en tiempo en que las ideas revolucionarias bullían en la madre patria como líquido en fermentación.

Tomo el consejo, lo aplico á mi situación de ahora y me resuelvo á salir *del principio*, que es siempre lo más difícil.

He dicho una perogrullada, pero que se presta para hacer de ella una demostración que si no se ve ni se oye, sí se siente.

Y pruebas al canto. Casi todos los *que en el mundo han sido* han tenido ó por lo menos han procurado tener novia. Y bien, cuando se comienza á andar tras ella, á ron darle la casa, con más asiduidad que el polizonte la calle que le toca de turno; cuando se buscan amiguitos con quienes pasar las horas muertas en las esquinas hasta que por fin se logra que los padres de la niña se pongan al tanto de lo que ocurre, en todo ese período de preparación, cuánta duda, cuánto temor, cuánta indecisión! Para llegar donde ella, qué sinnúmero de pretextos imaginados y no dichos, qué *maremagnum* de planes mil veces pensados y otras tantas dejados de mano! Pero se venció la irresolución? Pues el temor se disipa, se consumen, con facilidad pasmosa, las resmas de papel; se da el primer paso, marcándolo—como dicen los instructores militares;—sigue paso redoblado y por fin llega el convencimiento de que el momento terrible es aquel en que se principia y de que se tarda más en *atreverse* que en aburrirse.

Se quiere otra prueba? Pues la tienen UU. en esta crónica. No podía tomarle la

embocadura; ponía en prensa el magín, y él erre que erre en que no había de principiar; pero escribí la primera línea, procuré insinuarme, y ahora no sé cómo le ponga fin.

*
* *

Busco por aquí, escudriño por allá, revuelvo hasta el fondo la canasta de sastre de mis recuerdos y por fin *caigo* en que las fiestas cívicas pueden poner en este trabajo la nota alegre. Haciendo un ligero esfuerzo, bien podemos hacer pasar por la imaginación los sonidos de la música, el baile de las máscaras, los cohetes que al estallar en el espacio se resuelven en millares de luces rojas, azules ó violáceas, la inmensa concurrencia que en las primeras horas de la noche llena el parque "Morazán" y por fin la corrida de toros, original, *sui generis* que entre nosotros se estila. No sé—ni por el momento quiero averiguar—si tal diversión puede llamarse en España espectáculo nacional ó si fueron los árabes quienes dejaron allí el gérmen que después fructificó con tanta lozanía; si perteneció primero á la zambra morisca ó si los caballeros cristianos fueron los inventores; lo cierto es que la corrida de toros—tal como tiene lugar en el circo español—debe de ofrecer mucho atractivo, desde que

suena la música y sale la cuadrilla, hasta que el cachetero—rendido el jarameño por la agilidad y el estoque del matador—le da el golpe de gracia. Entre nosotros, la llamada corrida de toros no tiene en su abono más que la costumbre: no hay trajes vistosos de los que recuerdan el tiempo de Godoy, ni muleta para engañar al bicho, ni se le clavan á éste banderillas en los hijares, ni existe tampoco el desafío final entre la pujanza del testuz y la potencia y destreza del que introduce el acero valenciano; aquí el toro se echa á correr; todo el que quiere salta la valla, se pasea—como si dijéramos por el *anillo*; quien quiera que sea provoca al toro, recibe un golpe; los tres ó cuatro que hacen las veces de los de la cuadrilla procuran evitar todo riesgo, se encaraman en la barrera—lo que equivale á *meterse en la olla*—y por fin

«El público divertido

Se va por donde ha venido.»

No censuro ni juzgo, solamente refiero. —Terminados los tres días de fiestas, todos vuelven á sus tareas diarias y procuran chapuzarse en las aguas del trabajo para reponer el tiempo perdido. La actividad, la vida que espumarajea en la juventud encuen-

tra ancha salida en tales días; después queda el ánimo empalagado; la cabeza cargada bajo el peso de las noches toledanas, el amargor de la bilis en la boca, y el espíritu convertido en un desierto, abrumado por un fastidio irremediable. ¡Bien haya el trabajo que pone vibrante el ánimo decaído.!

*
* *

Las familias de alto copete no existen en el verano para la capital josefina: el acorde final de la música en el último día de fiestas cívicas disuelve á las diosas del buen tono: se retiran á sus posesiones en el campo; otras á Cartago, á la Unión, á Alajuela, todas se marchan; hizo la capital un esfuerzo, procuró cuantos goces pudo; á disipar, pues, entre las flores y las yerbas, lejos, muy lejos la hartura del hastío. A oír el cantar de las aves, á respirar «el tesoro de olor que el campo despide», á mirar cómo se ilumina el mundo con las sonrisas de la aurora, á criar salud, á disipar las nostalgias del corazón! Las haciendas cultivadas de café, los patios y máquinas en donde se beneficia el rico fruto que nos da fortuna y nombre, ofrecen en estos meses un cuadro encantador de actividad y de lucha. La confusión, el ruido, las faenas se han trasladado, al golpe de va-

rita mágica, á las haciendas de los acaudalados propietarios. Allí, *en los brazos de la fiel naturaleza*, se oye el himno triunfante del trabajo, y la pálida niña, gala de la casa, apacienta su mirada en el cielo y da rienda suelta á las orientales quimeras de la imaginación. Entre tanto, la capital espera que vuelva para ella el día de engalanarse; que los salones se iluminen de nuevo, y que mientras la lluvia golpee los cristales de los balcones se escuche adentro la brillante *cause-rie* francesa, la frase nerviosa, el chiste oculto, la agradable conversación que reboza encantadora gracia é ingenio lleno de agudeza.

* * *

El Exmo. señor don Julio de Arellano, Ministro de España en Centro América, ha partido de esta ciudad para la vecina República de Nicaragua.

Caballero á carta cabal, persona distinguida, cuya distinción publica su exquisita cortesía en la manera de producirse, rico de conocimientos y de afabilidad, el señor de Arellano no se impone, atrae en la conversación privada, y en el brindis ó en el discurso diplomático ni uno solo de sus oyentes deja de aplaudirle.

Su afán es servir á la patria, su política

cultivar con esmero las relaciones de la Península con las naciones de la América española. Su anhelo pagar con todos los entusiasmos de su corazón el cariño que despierta en estos pueblos de Centro América.

Y es grande y positivo el trabajo del señor de Arellano: rota la unidad política que nos ligaba á la heróica España, queda por conservar la unidad de raza, por acrecentar el comercio intelectual, por guardar el *ser castizo* --según la expresión del eminente don Juan Valera-- que informó la civilización de esta tierra. Y ya estos pueblos con los de la madre patria, no solamente se observan con curiosidad, usando de la misma frase del insigne crítico citado -- sino que existen fuertes corrientes de simpatía y vuelven á apretarse los resortes del cariño filial, y se reconoce que las banderas de estas Repúblicas no son sino el mismo pabellón español disuelto en infinidad de colores.

Hacemos fervientes votos porque á donde quiera que el señor de Arellano vaya le sigan los cariños de la fortuna.

J. MARCELINO PACHECO.

NOTAS

—El presente número de la *Revista de Costa Rica* aparece con algún atraso. Causa de ello es el haber estado mudando de localidad en estos días el establecimiento tipográfico de cuyas prensas sale. Sirvanos esto de excusa para con nuestros suscritores.

- Mientras que aquí tropezamos, de un lado, con la desidia genial de nuestros mejores literatos, y de otra con dificultades de orden puramente material, voces alentadoras nos vienen de fuera. Tal es para nosotros la de don Manuel María Peralta, quien de Madrid, en donde tan dignamente y con tanto acierto representa á nuestra patria, nos ha dirigido afectuosa carta acerca del primer número de la *Revista de Costa Rica*. Damos gracias muy expresivas al distinguido costarricense, y por ser honra merecida para nuestro querido amigo y compañero don Angel Anselmo Castro, publicamos con gusto el párrafo de la carta mencionada, que á este importante colaborador nuestro se refiere. Dice así: «Hágale Ud. el obsequio de felicitar de mi parte á don Angel Anselmo Castro por su bello artículo, y dígame Ud. que si fué buen profeta en cuanto á la elección académica, no lo fué en aquello de presumir "que quizá ni se desflore en la metrópoli este humilde folleto.»

—La carta del señor Peralta no ha venido sola: dos más hemos recibido, que nos honran y nos lisonjean juntamente. Una de ellas nos la dirige de Lima la notable escritora peruana doña Clorinda Matto de Turner, que hace tiempo ocupa puesto distinguido entre los literatos hispano americanos. La señora Matto de Turner nos ha honrado, además, enviándonos, con bondadosa dedicatoria un ejemplar de su preciosa novela *Indole*. La otra carta es de Martín García Merou, el poeta de inspiración alta y vibrante que en la República Argentina marcha en el grupo de los poetas nuevos, al lado de Oyuela, de Obligado y de Martinto. García Merou (y le apeamos el tratamiento, porque no lo llevan los nombres gloriosos) desempeña hoy en Lima la Legación de su patria.

—Con bondadosa dedicatoria en la portada, se ha servido enviarnos el señor don Juan F. Ferraz un ejemplar de su interesante obrita titulada *Programa para un curso de recitación*. Es un folleto en 4.º menor, bellamente impreso en la Tipografía Nacional, y en cuanto al fondo, campea allí sin esfuerzo la erudición del autor. Damos las gracias al señor Ferraz por su fino obsequio.

—Las poesías de Juan Diego Braun, el cantor apacible y sencillo de los sentimientos suaves, malogrado para las nacientes letras nacionales, serán muy pronto coleccionadas en un precioso libro que ha de publicarse en la Tipografía Nacional, bajo la dirección de Rubén Darío. Es un tributo de simpatía rendido al noble poeta, tan tempranamente muerto.

—*La Pluma*, revista literaria galanamente redactada en Bucaramanga, Colombia, por el poeta Arciniegas, reproduce, precedida de altos elogios, la composición titulada *Mármol griego*, que en el primer número de esta Revista publicamos. La reproducción nos honra; pero los elogios son para nosotros tanto más lisonjeros cuanto que proceden de un poeta, que como Arciniegas, joven aún, ha sabido ganarse con sus bravas producciones fama de inspirado en el mundo literario. Quiera el generoso poeta colombiano aceptar nuestro agradecimiento por los benévolos conceptos con que de nosotros se expresa.

J. A. F.

INDICE

	<i>Páginas</i>
I—PAGINAS INTIMAS, por Pedro Ortiz.....	115
II—TUTECOTZIMI, poema, por Rubén Darío.....	127
III—APUNTES HISTORICOS, por José F. Peralta.....	133
IV—LA REVISTA ILUSTRADA DE NUEVA YORK, por Justo A. Facio.....	142
V—CRONICA, por J. Marcelino Pacheco.....	152
VI—NOTAS.....	159
